

donde el sabio autor nos demuestra que sabe sentir todavía las alegrías y los dolores como un simple mortal. Se expresa también por esos tiburones suyos de una forma tan plena y definitiva, que se diría, cualquiera que sea el lugar donde se hallen colocados, que desde allí ejercen su preeminencia y que representan por sí solos, como en miniatura fiel, el orgullo solemne, la inmovilidad central, la trascendente majestad de este Imperio que nunca ha dudado de su superioridad sobre todos los otros imperios. Nos habla también la China por sus *bibelots* de una minuciosidad encantadora en los que se manifiesta su genio a la vez infantil y senil por sus abanicos, sus bellas borlas de seda, las que en la vejez de una sociedad refinada se asemejan a todo lo que el otoño produce de más fastuoso y frágil en el declinar de la estación. Nos habla también por sus edificios, más que contruídos levantados; pabellones o templos que, en lugar de romper con la naturaleza, como los nuestros de Occidente, parecen al contrario, en aquel país, posados delicadamente: como bordados sobre la tierra. Se nos manifiesta, por último, por el espectáculo augusto de la ciudad de Pekín, por la grandeza, fija ya para siempre, de esos palacios sin edad, palacios que en su majestad suprema, conservan, sin embargo, una simplicidad rural. Tan sólo quien haya alcanzado un alto grado de civilización podrá comprender la China: así aquellos jesuitas franceses del siglo XVIII, tan finos, que podían parangonarse con los letrados chinos, sus antagonistas en religión; así también ese admirable grupo de cónsules franceses cuya vida transcurrió en insinuar su curiosidad en la entraña del alma china, y así, por último, ciertos ingleses de alta cultura, de alma selecta y de gran saber.

Parece necesario hablar de la China actual; pero es que ésta no puede separarse de la de los siglos pasados. La República no es allí más que un nombre. Las diferentes provincias se hallan en poder de diversos generales, especie de políticos que disponen de soldados, en vez de contar con electores. La condición del pueblo es pavorosa. Los campesinos chinos, que por su perseverancia en el trabajo, su humanidad y su cortesía, constituyen acaso el mejor tipo de agricultores que existe en el mundo, no gozan ya ni de un solo instante de paz. Rusia se esfuerza por extender su dominio sobre China; puede hacerse agradable a los chinos por cuanto los excita contra los otros países extranjeros; y los desdichados campesinos, agobiados por la desesperación, acaso se crean comunistas, pero entre los dos pueblos hay una desigualdad desmedida y, por parte de China, una marcada superioridad de cultura y de civilización: no pueden, pues identificarse con estos rusos que, junto a ellos, viven aún en la barbarie. Los americanos de Estados Unidos, se han esforzado por halagar a los chinos, pero los Estados Unidos, contrariamente, son un pueblo demasiado nuevo y sencillo para obtener éxito al lado de una nación de pasado tan largo. Los chinos no simpatizan con los japoneses, y sin em-

bargo, entre ambos existen mayores afinidades que antipatías. En todas las dificultades políticas que se presentan, los chinos saben, por arte y por instinto, qué recursos deben emplear y qué hombres deben atraerse entre sus adversarios y también por qué medios. El estudiante es un elemento nuevo en la composición de China, y ha comunicado al orgullo del país una superficie más cosquillosa y susceptible.

Son profundas las inquietudes que agitan a China, como al resto del mundo, y todo hace presumir que su término se encuentra lejos todavía. Pero el Asia vive con un ritmo que no es el ritmo de Occidente. Y, no importa qué llegue a ocurrir: China será siempre un país grande.

(De *Les Nouvelles Littéraires*. París.)

La Hora de la Duda

Por ENRIQUE JOSE VARONA

...Cuando llegó para Emerson (¿para quién no?) la hora de la duda; cuando en un recodo de la senda, hasta entonces llana, descubrió escabrosidades que no sospechaba y más de un camino para llegar al fin no bien percibido, el alto no tuvo que ser duradero, ni la consulta prolongada: juzgó uno mejor, y lo siguió sin vacilar, aunque cambiando de dirección. Los que le acompañaban hasta allí lo dejaron ir y le siguieron acompañando con su respeto. Ni concebía, ni era fácil concibiera, al hombre digno sin la sinceridad en la palabra y en la acción. Por eso ha dicho y enseñado de un modo tan enérgico: "Dí lo que piensas hoy con palabra segura, y dí mañana, con igual seguridad, lo que pienses mañana, aunque contradiga todo lo que has dicho hoy". Cuando llegó el momento, Emerson declaró su contradicción y la demostró con sus acciones. Merece que recordemos el caso.

Ejercía su ministerio, querido y respetado por todos aquellos a quienes edificaba con la palabra y el ejemplo; pero su espíritu continuaba su poderosa evolución, y pronto descubrió que negaba su asentimiento a algunas de las prácticas más antiguas y de los ritos más significativos de su iglesia. Procuró, con prudencia y decisión, su reforma, pero fue en vano; sus cosectarios permanecieron apegados a lo estatuido. Los convocó entonces, les expuso en términos sencillos y elocuentes su dissentimiento, se despidió de ellos con ternura y dejó el ministerio. "En mis funciones de ministro cristiano—les dijo—es mi deseo no hacer nada que no pueda hacer de corazón. Con deciros esto os lo he dicho todo". Palabras admirables que nos descubren al hombre y nos pintan todo un estado de civilización.